

Teresa AGUIRRE y Sergio DE LA PEÑA, *De la Revolución a la industrialización*, México, Océano/UNAM, 2006, 543 pp. (Colección Historia Económica de México), tomo IV, Enrique Semo (coordinador).

Este libro forma parte de la colección Historia económica de México en 13 volúmenes, seis de éstos dan una visión general de un periodo específico de la historia económica de México, a diferencia de los restantes siete que tienen como eje narrativo algunas de las ramas de la economía en la larga duración.

Igual que otras obras colectivas coordinadas por Enrique Semo, la presente colección es, al mismo tiempo, resultado de años de discusión, planeación e investigación sobre temas cruciales de la historia mexicana abordados con rigor historiográfico y sentido crítico. Asimismo, es un esfuerzo de difusión para elevar el conocimiento de un público amplio (universitario fundamentalmente) sobre las materias tratadas y una invitación a continuar construyendo en colectivo y de manera crítica las interminables historias mexicanas.

Ese es el matiz general que se percibe en las obras. El libro que reseñaremos trata de hacer inteligible la etapa que va del periodo bautizado como porfiriato hasta los años 50 del siglo XX. Son pues algo más de 70 años de la historia mexicana donde ocurrieron momentos fundadores de lo que constituyó al México moderno.

Aunque se trata de una obra de historia económica, los autores del libro muestran una peculiar desenvoltura para navegar y trenzar asuntos de historia política y social a su entramado económico. Ese matiz totalizante y crítico que empapa toda la obra, resalta en las intensiones y afanes de los autores de este libro. Se nota, además, una curiosa combinación de experiencia y juventud que tiende puentes generacionales entre los autores. Me refiero al hecho de que el libro deja entrever la hechura a cuatro manos entre un maestro, Sergio de la Peña, que murió en 1998 y una maestra, Teresa Aguirre, que continúa el trabajo combinando el uso de conceptos provenientes de las tradiciones críticas del pensamiento latinoamericano, de los cuáles era digno representante el maestro De la Peña, y actualizándolos con los aportes de las investigaciones historiográficas más recientes.

Me parece importante destacar este hecho porque permite descifrar varias claves éticas y teóricas del libro. El homenaje al maestro ausente nos entera de que tenemos ante nosotros un trabajo de historia económica proveniente de una cultura de izquierda, de una cultura crítica que se hereda a través de un acervo de experiencias, de luchas y de métodos de reflexionar la realidad social mexicana y latinoamericana para inspirar transformaciones que la hagan más justa. La estafeta pasó de manos, del maestro De la Peña a las de Teresa Aguirre (heredera de una generación más joven), quien invita a los lectores a usar este instrumento de trabajo, esta herramienta para el estudio de la historia y expresar el producto de años de investigación y experiencia sistematizados en el libro *De la Revolución a la industrialización*.

El resultado es una síntesis propositiva que muestra, por un lado, la vitalidad del pensamiento crítico mexicano y latinoamericano y, por otro, la apertura a los cambios y la integración de las nuevas circunstancias sin renunciar a los principios humanistas y comprometidos que marcaron no sólo la producción intelectual sino la propia acción a favor de un mundo más justo de los años setenta del siglo pasado.

Importante por su carácter divulgador, este libro nos lleva al terreno historiográfico que sólo es conocido con cierto detalle por los especialistas. En ese sentido integra al lector universitario medio a los debates historiográficos especializados con información bien susten-

tada y nos invita a romper monopolios y favorecer reflexiones sobre la historia reciente de México.

En la primera parte, los autores obligan al lector a una cabalgata frenética por los escarpados montes y montañas que dibujan las tendencias de la economía nacional en el periodo que va de 1910 a 1952. Hay que poner atención para captar los hilos conductores de este primer panorama que trata de sustentar una de las tesis principales —que será analizada desde varios ángulos a lo largo del libro—: la reorientación del modelo de crecimiento y los factores más importantes que impulsan ese proceso. Los picos de cada riesgo se van delineando a partir de indicadores como las exportaciones, importaciones, las altas y bajas de la producción industrial (manufacturas, bienes intermedios, etcétera) el comportamiento de la agricultura, etcétera. Y aunque es grande la exigencia hacia el lector en esta primera parte, lo que se dibuja es algo sencillo: las dos tendencias básicas del periodo que van de 1910-1914 (crisis y reorientación del modelo porfiriano) y 1940-1952 (etapa donde la industria se convierte en motor del crecimiento y se evidencia la falta de estrategias de desarrollo por parte del Estado).

Quedan así marcadas las líneas maestras, los pilares de la estructura que soporta el relato sobre el periodo. Una vez que el lector logra superar los riesgos, llega a un terreno más plácido: el análisis de la economía porfiriana (sus alcances y límites) que combina las tendencias generales de la fría economía con el relato histórico tradicional. Es decir, la historia económica lima la dureza abstracta de los números y nombra a los personajes que dan vida a las tendencias macroestructurales de la economía. Esta será una característica del resto de los capítulos.

Sin embargo, nunca se abandonan los conceptos rectores y la narración da cuenta del modo en que se constituye el modelo primario exportador en una etapa larga de transición al capitalismo. El relato nos acerca a los detalles que tienen que ver con la conexión entre el tendido de la red ferroviaria y las necesidades de materias primas del mercado mundial. Pero aparecen también el Estado y su papel en el establecimiento de medidas normativas que permitieron el funcionamiento del modelo y, al mismo tiempo, generaron las contradicciones y conflictos sociales.

En tal sentido se deshebra el análisis del mercado de tierras que configura una lógica de crecimiento excluyente que afecta, sobre todo, a las mayorías campesinas y pobres urbanas. En el análisis particular del mercado de capitales se enfatiza su debilidad y la tendencia a la monetización de la economía que simboliza, de algún modo, la frágil modernización del país. Con todo, los autores logran definir en grandes pinceladas cómo la economía de la época logró cierta diversificación y se profundizó la división del trabajo a nivel nacional.

El siguiente periodo, la economía durante la revolución armada, es precedido por un debate teórico acerca del concepto mismo de revolución y su puesta al día con los trabajos sobre el tema publicados en la década de los noventa del siglo pasado. Sobre las bases expuestas en la economía del porfirato se nos explica de qué modo la revolución cuestiona ese modelo excluyente, la ruptura del pacto social y promueve una transformación profunda de la economía y de la sociedad en la coyuntura que va de 1910 a 1938.

Ordenando la exposición con una periodización cuidadosa, que tiene como telón de fondo la relación entre guerra y economía, nos lleva de la mano por los vaivenes que marcaron la década revolucionaria y nos señala que no todo fue destrucción y que ésta, en todo caso, tuvo ritmos e impactos diferentes.

La reconstrucción, a partir de 1917 y hasta 1932, esboza ya el giro del modelo económico. Del caos económico no se sale con planes de gobierno claros y sin conflictos, no se tienen

proyectos claros ni acuerdos sociales firmes. Ello justifica que los autores califiquen de espontánea la reconstrucción económica.

Hacia la década de los veinte y treinta se va consolidando algo así como un programa económico de la revolución y el tránsito de una vía de crecimiento a otra. En el nuevo rumbo, la vía primaria exportadora no se cuestiona pero se tratan de limar sus efectos concentradores y el sobrepeso del capital extranjero.

De nueva cuenta, este esbozo viene detallado con elementos de la historia política y social de tal suerte que por momentos el lector olvida que se trata de una historia económica. Pese a eso, nunca pierden centralidad temas de orden económico como los debates sobre la reforma agraria y los modelos políticos y sociales subyacentes, la cuestión de la formación de la clase obrera mexicana, la finanzas, la banca y el papel del Estado posrevolucionario en todos estos menesteres.

De hecho, el quinquenio 1933-1938 es explicado desde el clásico debate que implica la relación entre Estado y economía. Se logra captar que esta época consolida una relación tal que ubica al Estado de nueva cuenta como sujeto activo que influye en la macroeconomía y cómo esto fue resultado de un proceso largo y tortuoso. Nada que ver con la imagen poderosa del Estado Leviatán al que nos acostumbró la historia oficial.

Así pues, el libro nos presenta el periodo que algunos autores de la historiografía de la Revolución mexicana llaman la etapa culminante y que no carece de paradojas. Al tiempo que el cardenismo expresa la coronación de muchas demandas de campesinos y obreros, también sienta las bases de un aparato estatal que, a la postre, será utilizada para sostener relaciones caciquiles y corporativas de poder. Asimismo, se encarama una lógica de desarrollo económico basado en la industria y se impulsan fenómenos de urbanización que seguirán, a partir de 1940, su propia ruta y no precisamente ligadas al proyecto de la revolución.

En el último periodo (1939-1952) se concentra el análisis en el carácter industrial de la economía y algunos de los rasgos que sugieren el modelo ineficiente de sustitución de importaciones que se desarrolló en el país.

Destaca el carácter dependiente de la base tecnológica de la sustitución de importaciones y la falta de una política de Estado integral para conducir este proceso, más aún cuando en este periodo se transita a una segunda fase de industrialización más compleja que la anterior.

El análisis de las condiciones internacionales forma parte también de los factores explicativos de las tendencias económicas al interior del país. En ese sentido se relatan los avatares de las negociaciones con Estados Unidos que dan lugar a debates importantes sobre liberalismo y proteccionismo y que inciden en la adopción de estrategias estatales que favorecen, en el mediano plazo, lo que los autores llaman industrialización fácil, trunca e ineficiente.

Con ese panorama se puede poner en perspectiva las nociones de heterogeneidad que atraviesan las estructuras económicas y sociales del país y que se convirtieron en lastres que aún en la actualidad podemos identificar.

Es poco el espacio para hacer un comentario más justo sobre este libro. He tratado de sugerir lo que considero las claves más importantes de libro, así como sus grandes hitos cronológicos. Sin duda alguna, se trata de una obra propositiva, útil y herramienta de trabajo básica para quienes trabajamos en la comprensión e impulso del estudio de la historia de México. Técnicamente hablando, este libro constituye un relato del periodo, una fuente de sugerencias de líneas de investigación, una síntesis de debates historiográficos y, en lo que respecta a sus anexos estadísticos, un acervo de material básico que reclama más análisis de los números

para captar las tendencias y procesos sociales que entrañan y que pueden dar lugar a nuevas interpretaciones.

En sintonía con los tiempos que vivimos, el libro propone y discute. Exige una lectura activa y atenta, es un libro de trabajo y no *La lección* de historia. Hay muchas ideas que compartir y debatir con los autores, pero se agradece la objetivación en libro de los afanes, los hallazgos y las propuestas que generosamente nos presentan los autores de *De la Revolución a la industrialización*.

Me consta que en este libro lograron llevar su voz y su trabajo de años más allá de las aulas, cubículos y seminarios. Queda de nuestro lado, generaciones un poco más jóvenes, mantener viva la inquietud por el cultivo de una historia crítica, sustentada y comprometida.

Bienvenida esta síntesis de historia en tiempos en los que la academia nos ofrece mayoritariamente fragmentos, discursos esotéricos sólo para iniciados, cuentos de corto aliento. Bienvenido el ejemplo de trabajo colectivo y la rememoración de nuestros muertos que, por supuesto, siguen presentes y caben dentro de nuestros compromisos académicos y de vida.

Marcos R. LÓPEZ MIGUEL*

* Profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos.